

Héctor Carvallo como editor alemán de la *Metafísica*

Las siguientes palabras se hacen desde la provincia, desde Valparaíso y Viña del Mar, ciudades donde don Héctor Carvallo Castro formó en dos universidades a un gran número de estudiantes de filosofía. Es importante mencionarlo porque quizás las nuevas generaciones no sepan que Héctor Carvallo fue profesor en la Universidad de Valparaíso —en ese entonces una sede de la Universidad de Chile— y en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. En efecto, si se hojea una suerte de memoria del Instituto de Filosofía de esta última Universidad, se verá a don Héctor formando parte de un selecto grupo de profesores que por ese entonces daba allí clases. Carvallo comparte docencia en esos años con Roberto Prudencio, Juan de Dios Vial Larraín, Joaquín Barceló y Ernesto Grassi, entre otros. Se lo puede ver también figurando como uno de los profesores que cooperaron en el establecimiento del entonces naciente Instituto de Filosofía durante la Reforma Universitaria a partir del Departamento de Filosofía creado en 1949. Don Héctor ejerce docencia en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso hasta el primer semestre de 1988.

Se reconocía en su función docente alguien de meticulosidad extraordinaria en la exploración de los textos filosóficos, los que abordaba siempre desde el idioma original, pero conocido es también su rechazo a la publicación de sus traducciones, de cuya existencia uno iba enterándose en el aula, varias, en esa época, quizás *in statu nascendi* o *in fieri*. Según testimonios de especialistas que han conocido más bien privadamente su trabajo, la ordenación que efectúa de los textos a traducir (especialmente de los de la *Metafísica* y la *Ética a Nicómaco*) y las versiones que ofreció de los mismos, eran y son de las mejores con las que se puede contar, entre otros, porque le permiten al lector disponer de distintas opciones al momento de decidir por un término. Ello implica un desafío porque no se dan las cosas por solucionadas, sino que es el lector, llamado a actuar como intérprete, quien tiene que elegir la versión que piense es más ajustada y defenderla en consecuencia. Las virtudes de dicho trabajo es un reflejo de lo que esa misma persona, más joven, había realizado ya antes en Alemania.

Como un modestísimo homenaje a la memoria del profesor Carvallo quisiera referirme precisamente a esta última labor. Como se sabe, y bajo la guía de Ernesto Grassi, Héctor Carvallo se dio a la tarea, mientras estuvo en Alemania en los años 60 del siglo XX, de llevar a cabo una edición de la traducción de la *Metafísica*. Su agudo conocimiento del estagirita le permitió realizar este osado y exigente trabajo sobre la base del texto traducido por Herrmann Bonitz. El resultado de ese esfuerzo aparecía en 1966 con el título: *Metaphysik. Übersetzt von Hermann Bonitz (ed. Wellmann). Mit Gliederungen, Registern und Bibliographie herausgegeben von Héctor Carvallo und Ernesto Grassi*. Acorde a la humildad y el

pudor que siempre le fueron característicos, el lector se entera de quién es el principal gestor del trabajo de edición sólo cuando revisa el prefacio (*Vorwort*). El editor entiende, así, que es la cosa misma la que ha de estar en el centro y no quien la realiza o actúa sobre ella.

Como ha indicado el profesor Francisco Abalo en nota aparte en esta misma publicación, el texto contiene no sólo una articulación de los libros de la *Metafísica* que le permiten al lector orientarse en los temas que Aristóteles aborda. El texto va precedido, como se ha dicho, por un *Vorwort*, un prefacio. En él trasluce parte de la forma en que un joven editor concebía el trabajo intelectual y revela parte del propio carácter de Héctor Carvallo. Pero dejemos que sea el prefacio mismo quien hable, en la medida en que podamos ser fieles a lo que en él se expresa.

El texto en comento se articula en siete párrafos y comprende dos páginas y media. Se verifica allí, en breves alusiones a cada uno de los temas que se consideran, las decisiones filológicas adoptadas respecto al trabajo editorial a que fue sometido el texto de la *Metafísica*. Lo primero que llama la atención es el cuidado que tiene el editor con el texto que tiene entre manos. Este cuidado no se refiere únicamente al trabajo filológico que sobre él recae, sino a una especie de respeto por un documento en que se ha cristalizado la altura intelectual del traductor (Bonitz). Dado que la ocasión es una nueva publicación podrían esperarse importantes modificaciones al texto, en que aparezcan un sinnúmero de nuevas propuestas de traducción para la larga y difícil serie de términos filosóficos acuñados por el estagirita. Pero lejos de ello, el editor no se dejó tentar, ya que lo primero que se observa es la decisión de abstenerse de introducir cambios, signo aquí no de temor ante la grandeza de la ingente figura que se tiene por delante, sino de máxima prudencia. La decisión de no efectuar mayores intervenciones (*größere Eingreifen*) tiene un fundamento *in re*: en la convicción alcanzada por el editor de que la traducción de Bonitz se muestra óptima (*vortrefflich*) y lograda (*gelingen*), tanto en lo general como en el detalle. Así, la decisión, de la que se ofrece un claro fundamento, conduce a que el texto de Bonitz permanezca sin ser alterado. Pero el asunto no queda allí. A primera vista, pareciera que no se ha hecho nada y que todo ha quedado igual. Esta primera impresión engaña, sin embargo. En efecto, a quien se ve enfrentado a un trabajo de esta naturaleza, en esas circunstancias, ha de resultarle difícil no ceder a la tentación de hacer supuestas mejoras, proponer nuevos vocablos que suplan los existentes y justificar, de esta manera, el trabajo encomendado. Pero, a mi juicio, y teniendo en cuenta el asunto descrito, es aún más difícil tomar la decisión contraria, es decir, que el texto permanezca prácticamente sin intervenciones. Carvallo hizo esto último convencido de las virtudes del cometido de Bonitz, pese a que, como él mismo indica, había algunos casos en los que una traducción que difería de la de aquel habría hecho más justicia al pensamiento de Aristóteles. Carvallo menciona cuáles

son esos términos. Lo interesante es que con ello, sin intervenir la base, le sugiere al lector dónde puede él mismo hacer uso de la correspondiente variante. ¿De qué términos se trata?

Tres casos son mencionados: le parece que en vez de traducir *noûs* por *Denken* (pensar o pensamiento) habría sido preferible recurrir a *Einsehen*, término este, a su vez, nada fácil de verter al español, ya que en la otra orilla de la transposición (*Über-setzung*) lo espera el término visión, en el sentido de visión intelectual o inteligente. En el español, Carvallo se decidió por “intelecto”. Así puede corroborarse en la traducción del pasaje —y sólo para ejemplificar— de 1139a18 del libro VI de la *Ética Nicomaquea*. La dificultad se agudiza todavía más, ya que Bonitz se sirvió de *Denken* no sólo para traducir *noûs*, sino también para verter *diánoia*, a la vez que para el mismo *noûs* también acudió una vez a *Vernunft* y otras a *Geist*. Y nuevamente la palabra *Denken*, antes mencionada, fue usada también para *nóesis*. Como se ve, las dificultades no eran pocas y la intervención mayor del texto habría implicado un serio riesgo de desarticulación. De igual modo, Bonitz tradujo *tópos* por *Raum* (espacio), mientras que Carvallo propone *Ort*, “lugar”. Habida cuenta de lo referido, bien podría sostenerse que la traducción de Bonitz respiraba a veces un aire kantiano; otras, uno un tanto hegeliano. Kant había fallecido sólo 10 años antes del nacimiento de Bonitz y desde este nacimiento pasaron 17 hasta la muerte de Hegel. Finalmente, don Héctor proponía hacer uso del término *spontan* (espontáneo) y no *von ungefähr*, como hizo Bonitz, para dar cuenta del griego *autómatos*. Pero —recordemos— el editor Carvallo no hizo tales intervenciones, sino que las sugerencias en tal sentido le son formuladas al lector en el prefacio. Muy al estilo de lo que un Carvallo profesor buscó promover en sus estudiantes, obligó al lector a proceder ante el texto con la máxima de Kant: *Habe Mut, dich deines eigenes Vertsandes zu bedienen!*, “ten el coraje de servirte de tu propio entendimiento”, lo que implicaba decir: “tú lector, tendrás que decidir”. Sin intervenir directamente, Carvallo se introduce en los intersticios del texto y sopla al oído del lector o le facilita a su ojo una brújula para que sea él quien decida.

Junto con advertir que el texto de Bonitz fue actualizado respecto de la puntuación y la ortografía, Carvallo declara cuál era propiamente su tarea en la edición. Lo que dice revela que se está ante una tarea de largo aliento: comparar la traducción con el texto griego, pero no a partir de una base cualquiera, sino acudiendo a las ediciones que a la sazón se habían establecido como canónicas: la de Sir David Ross y la de Werner Jaeger. El trabajo implicó dejar siempre anotado allí donde había que hacer inevitablemente correcciones y sólo entonces —de acuerdo con un sano criterio filológico— intervenir el contenido, más exactamente: cuando “una divergente y bien fundada configuración del texto tuviera como resultado considerables cambios en el sentido”.

El editor se dio a la tarea adicional de someter a revisión las notas al texto elaboradas por Eduard Wellmann, quien, por su parte, había hecho un notable trabajo que había consistido en editar por primera y única vez, a partir del propio legado de Bonitz, lo rendido por este en su traducción de la *Metafísica*. Se valorará el trabajo de Héctor Carvallo como editor si se tiene en cuenta que Wellmann no provenía de una escuela cualquiera, sino que en su período de formación había trabado contacto con Diels y Zeller y había intervenido en la octava edición de la *Historia philosophiae Graecae* de Ritter y Preller. Al llevar adelante este trabajo de revisión de las notas de Wellmann, Carvallo descubre que aunque las mismas no carecían de importancia, por provenir, en último término, de la pluma misma de Bonitz y por listarse allí diversas formas de lectura, no era ni posible ni aconsejable asumirlas en su integridad. El resultado fue una nueva decisión tomada por el editor, que cabe calificar de audaz pero no de temeraria, si se piensa en el cuidado mostrado con el texto en todas sus posibles aristas. La decisión se materializó en la supresión de todas las notas que contuvieran las correcciones que en el intertanto habían sido asumidas por los eruditos posteriores. Y este fue el caso la mayor parte de las veces, como expresamente se indica. Sí mantuvo las notas que representaban una concepción distinta a la que del texto tenían Ross y Jaeger. Puede así afirmarse que el editor no está mirando ni considerando un texto anquilosado sino transformado de hecho y, por tanto, necesitado de actualización, atendiendo a los avances filológicos desde la primera aparición de aquel. Ello hizo que la base textual quedara ajustada y al día, según los tiempos que corrían. De este modo, las notas (*Anmerkungen*) de Wellman se acompañaron de observaciones (*Bemerkungen*), a la vez que se añadieron nuevas notas identificables con la expresión usual alemana para estos casos: Hg. (*Herausgeber* = editor); se hizo remisión a las ediciones de Jaeger y Ross con las abreviaciones J. y R.; y los fragmentos de los presocráticos pasaron a ser citados según la edición más cercana (1961) a la fecha en que se veía publicado todo el trabajo (1966).

El editor muestra tener plena conciencia del mérito de Bonitz, quien no sólo en la traducción sino que en la conformación del texto de la *Metafísica* había efectuado una labor descomunal. Un esfuerzo de ese tipo no podía caer en el olvido, menos aún si se tiene en cuenta el juicio que ya Sir David Ross formuló sobre el trabajo de Bonitz. Ross, en efecto, en lo que atañe a la composición del texto, lo pone en un sitial aún más alto que el concedido, en cada caso, a Sylburg, Brandis, Bekker, Schwegler y Christ. En efecto, apoyado en un cuidadoso estudio de los comentaristas griegos y en el análisis atento de la trabazón textual le fue posible a Bonitz —decía Ross— perfeccionar convincentemente “casi cada página de esta obra” (la *Metafísica*).

El texto del editor toma otro giro cuando se trata de referir lo acontecido con los cuadros sinópticos que se acompañaron al texto. Héctor Carvallo prefiere

entonces expresarse en plural, ya que en la elaboración de estas sinopsis, que incluyen la presentación breve y articulada de los tópicos que contiene cada capítulo de cada libro de la *Metafísica*, el editor fue acompañado en ese ingente esfuerzo adicional por Eckhard Kessler y Walter Hess. También esta vez tuvo que tomar decisiones, pues se pensó incluir en el índice la articulación descrita. Pero esa opción fue desechada. La eventual falta se vería bien compensada con el registro elaborado por Eginhard Hora, pues aquella lata repetición en el índice, lejos de facilitar la visión de conjunto, habría tenido el efecto contrario al inicialmente intentado, pues habría hecho que la mirada sinóptica se perdiese. Kessler, Hess y Hora pertenecían todos al círculo de Grassi, junto con Carvallo, pero fue a este al que se le confió la tarea que aquí como sencillo homenaje se comenta. De acuerdo con los datos que obran en mi poder, Eckard Kessler se convirtió en *Ordinarius für Philosophie* en la Universidad de München y a su labor profesoral e investigativa añadió la de editor de incontables textos, muchos de ellos en la línea de Grassi, o sea, del Humanismo y del Renacimiento. Pero también actúa con Grassi en la edición de textos de Platón, en la misma colección Rowohlt. A Walter Hess se lo puede ver elaborando un apéndice al tomo I de la *Philosophie des Altertums* de Karl Vorländer, junto a Grassi, o editando, siempre con éste, la *Utopía* de Moro y la *Ciudad del Sol* de Campanella, así como una larga lista de diálogos de Platón o la *Política* de Aristóteles (1965), edición esta última a la que Carvallo hace referencia en su prefacio. Eginhard Hora edita, junto con Kessler, el texto de homenaje a Grassi *Studia Humanitatis* en su cumpleaños número 70, pero también se lo encuentra colaborando en un trabajo de textos en torno al Humanismo y al Renacimiento.

Finalmente, el agudo conocimiento de la lengua griega y alemana, del que ya disponía entonces el editor, le permite a este orientar nuevamente al lector. Dicha orientación podrá ser también reconocida en los consejos de Héctor Carvallo cuando se trataba, en sus clases, de enfrentar los textos del estagirita, consejos que están también parcialmente reflejados en las distintas posibilidades de traducción ofrecidas en la versión de la *Metafísica* al español. En efecto, Carvallo enseña que la dificultad de la terminología filosófica aristotélica radica en la multivocidad de los conceptos. Yerra quien piense haber dado con un término definitivo al que se pudiese recurrir y que pudiera ocuparse de manera uniforme en todos los pasajes de la *Metafísica*, menos aún de la obra de Aristóteles en general. A ello se añade, como él mismo indica, la imposibilidad de reproducir con conceptos fijos del alemán otros tantos conceptos fijos del griego, en especial del estagirita. Un perspicaz Carvallo lo había aprendido del mismo Bonitz, ya que éste aplicaba en su traducción el siguiente procedimiento: el concepto fijo en el pasaje original debía ser rendido por diversos conceptos alemanes, de acuerdo al sentido filosófico del texto y del contexto.

Lo brevemente reseñado a guisa de comentario y que ha querido servir de modesto homenaje da cuenta simplemente de un trabajo bien hecho, que, en el ambiente académico alemán de los años 60 del siglo pasado, se daba simplemente por descontado. Ese mismo ambiente filosófico sólo podía confiarle el delicado ejercicio editorial aquí referido a quien, como don Héctor Carvallo, fuera capaz de responder, ya tempranamente, a la fina figura del maestro en que habría de convertirse con el paso de los años.

Hardy Neumann Soto
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso, Chile
hardy.neumann@pucv.cl